

Una aproximación a la influencia de la sociología durkheimiana en la obra de Marc Bloch: el problema del cambio histórico y las mentalidades de época.

Pablo Federico Pryluka.

Cita:

Pablo Federico Pryluka (2013). *Una aproximación a la influencia de la sociología durkheimiana en la obra de Marc Bloch: el problema del cambio histórico y las mentalidades de época*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/949>

Una aproximación a la influencia de la sociología durkheimiana en la obra de Marc Bloch: el problema del cambio histórico y las mentalidades de época¹

Pablo Pryluka
(UBA / UTDT / CONICET)
Correo electrónico: ppryluka@gmail.com

Introducción

La irrupción de la obra de Marc Bloch en el ámbito historiográfico europeo de principios del siglo XX implicó una renovación profunda en lo que hasta entonces se consideraba el quehacer del historiador. Ampliando los horizontes de la disciplina, sus escritos introdujeron en la agenda historiográfica unos temas y unos planteos teóricos que suscitarían fuertes controversias. Formado bajo la influencia de múltiples referentes intelectuales, la novedad de sus propuestas no puede ser desligada de las filiaciones que las mismas encuentran con trabajos anteriores. Entre ellos, sin duda, los estudios sociológicos del grupo liderado por Émile Durkheim, agrupado en torno a la revista *L'Année Sociologique*, detentan una posición privilegiada. Nuestra iniciativa en este caso, entonces, radica en indagar algunas de las posibles relaciones entre la influencia que la escuela de sociología durkheimiana tuvo para el historiador francés y los modos en que este último se acercó a los problemas vinculados con el mundo de las mentalidades y la historia cultural. Si bien el presente trabajo no pretende ser exhaustivo en el análisis de la vasta obra de Bloch, intentaremos ofrecer algunas reflexiones y dejar sentados interrogantes a ser resueltos mediante un análisis documental más detallado.

Itinerarios cercanos

La influencia que la sociología durkheimiana ejerció sobre los primeros *annalistes* ha sido destacada en numerosas ocasiones. Como bien señala André Burguière, los mismos “*Marc Bloch y Lucien Febvre nunca disimularon lo que sus concepciones debían a L'Année Sociologique*” (Burguière, 1993: 88). De hecho, la revista que sería publicada por primera vez entre 1896 y 1912, fue uno de los referentes

¹ Agradezco los comentarios hechos a las versiones preliminares del presente trabajo a Nicolás Kwiatkowski, Guillermo Ranea y Ana Grondona.

principales para los jóvenes historiadores que apenas unos años después se alistarían para pelear en la Gran Guerra (Rhodes, 1978: 46). Sin embargo, la profundidad de esta relación intelectual parece dejarnos frente a un camino cuyas bifurcaciones se adentran en el terreno del siglo XX francés hasta perderse en el horizonte, por lo que conviene afinar la mirada.

En el caso de Marc Bloch, es bien sabido que su admiración por el sociólogo francés data de sus años de formación. Sus primeras labores científicas se desarrollaron en el marco de la Fondation Thiers, en París, donde fue pensionario entre 1909 y 1912 luego de terminar sus estudios en la École Normale Supérieure (Le Goff, 2006: 13). No obstante, quizás los años definitivos de su formación como historiador deben buscarse en su traslado a la Universidad de Estrasburgo en 1919, luego de finalizada la guerra. Derrotado el enemigo alemán, recuperar la Universidad era una tarea que demandó de parte del gobierno francés el traslado de numerosos hombres de letras y científicos, que se encargarían de convertirla en un bastión de la cultura nacional ante la población alsaciana. Allí serían enviados, entre otros, los jóvenes historiadores Lucien Febvre, Georges Lefebvre y Marc Bloch, al igual que prestigiosos especialistas en sociología, filología o medicina. Fue en ese caldeado pero estimulante ambiente intelectual que Bloch entró en contacto con los discípulos de Émile Durkheim. Serían Charles Blondel, especialista en medicina y psicología, junto con Maurice Halbwachs, de formación sociológica, quienes acercaran al joven historiador a los textos de su maestro, fallecido hacía apenas unos años (Le Goff, 2006: 19-22). Entre otras obras, su contacto con *Las formas elementales de la vida religiosa*, último libro publicado en vida por el sociólogo francés, marcó sin duda la labor intelectual de Bloch, que por esos años ya se dedicaba a preparar su primer gran obra, *Los reyes taumaturgos*. Si bien el sistema totémico australiano guarda poca relación con el milagro real de la curación de escrófulas, las contribuciones de Durkheim al estudio de la sociología religiosa despertarían interrogantes en el propio Bloch. A pesar de contenidos específicos diversos, los vínculos entre ambas obras quedan de manifiesto en un enfoque semejante, con énfasis puesto en entender lo sagrado como manifestación de la sociedad (Rhodes, 1978: 53).

Un debate y sus derivas

Como suele suceder, los problemas historiográficos se muestran bajo otro aspecto en el marco de un debate. Por la necesidad de explicitar posiciones o por la superposición de perspectivas contrastadas por quien allí se sumerge, las discusiones teóricas constituyen oportunidades inmejorables para explicitar matrices de pensamiento. Es por eso que para repensar esta filiación puede resultar particularmente fecundo acercarnos a un debate que se volvería un punto de referencia para Bloch y el conjunto de los *Annales*. Nos referimos, en rigor, a la controversia entablada entre el economista François Simiand –perteneciente al círculo de Émile Durkheim- y el historiador Charles Seignobos, reseñada en uno de los trabajos de Fernando Devoto.

Allí se contraponen argumentos que giran, principalmente, “*en torno al modelo de ciencia, en torno al método, en torno a la relación entre las distintas ciencias sociales*” (Devoto, 1992: 54). Las definiciones ofrecidas sobre cada uno de estos problemas marcarían unos caminos divergentes en el campo de la historiografía. En particular para el caso de *Annales*, las propuestas de Simiand emergerían como fuente de inspiración para los trabajos posteriores, aunque siempre conservando los matices propios de las disciplinas. El propio Jacques Le Goff reconocería esto en el prefacio que escribió a la *Apologie pour l’Histoire* en su edición de 1993, promovida por Etienne Bloch bajo el aliento de la Association Marc Bloch (cfr. Le Goff, 2001). No obstante, nos interesa concentrarnos aquí en un problema específico que sale a la luz durante el debate pero cuyas implicancias fundamentales parecen todavía quedar ocultas.

Al analizar los planteos de Seignobos, Devoto enfatiza un elemento central a su perspectiva historiográfica. Señala, entonces, que

más allá de cuáles sean los méritos epistemológicos de la propuesta, ella fuerza desde sus presupuestos al historiador a ejercer su disciplina como una ciencia eminentemente descriptiva, consciente más de sus límites que de sus posibilidades, centrada en el establecimiento de hechos singulares y en una causalidad individual (Devoto, 1992: 56).

Es esta relación entre hechos singulares y causalidad individual la que interesa, ya que puede contraponerse con la explicación de Simiand, mucho más a tono con los planteos

durkheimianos acerca del método. Si para Seignobos existe una primacía de lo individual y de las relaciones específicas entre los hechos aislados, Simiand condena todo esto al terreno de lo contingente y, por ende, no relevante como objeto de estudio. Su afán por otorgarle a las ciencias sociales un status similar al de las ciencias físico-naturales hace que sus preocupaciones se concentren en todos aquellos hechos que se repiten, “*pasibles de ser utilizados para la construcción de leyes*” (Devoto, 1992: 60). Sólo entonces el historiador -o, en su propuesta, el sociólogo- podrá comportarse como científico al indagar acerca de las relaciones constantes entre dos fenómenos, a fin de descubrir el vínculo de causalidad que los une. De esta idea, no obstante, se desprende un problema que sería recurrente en los estudios sociológicos de matriz durkheimiana. Puesto que la causalidad es buscada en tanto relación constante, como unión de hechos repetidos y por ende generalizables, la teoría encuentra un límite preciso a la hora de proponerse analizar un proceso de cambio. En otros términos, si la lógica planteada por Simiand privilegia estudios sincrónicos en los que dos o más sucesos semejantes son pensados de forma conjunta para a partir de allí establecer leyes generales, la posibilidad de un hecho -un acontecimiento, diría Lewkowicz siguiendo a Alain Badiou²- que subvierta la lógica de un sistema y funde la diacronía implícita en todo cambio histórico, trasciende las posibilidades explicativas de la teoría. Esto, como veremos a continuación, se relaciona estrechamente con el papel otorgado al sujeto en ese contexto, como queda explicitado en los propios trabajos de Émile Durkheim.

Sobre el final de su primer capítulo de *Las reglas del método sociológico*, el sociólogo francés advertía que

Hecho social es todo modo de hacer, fijado o no, capaz de ejercer sobre el individuo una coacción exterior. O también, que es general en la extensión de una sociedad dada al mismo tiempo que tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales (Durkheim, 2003: 39).

El hecho social, entonces, trasciende al individuo y se posiciona como instancia superior. Retomando lo ya dicho acerca de las leyes generales buscadas por la sociología durkheimiana, tenemos unos sucesos particulares que, a través de la observación atinada del científico social, pueden ser reagrupados en una entidad -el

² “*Un acontecimiento es la posibilidad efectiva de ese imposible estructural*” (Lewkowicz, 2006: 153).

hecho social- que a la vez las contiene y supera. En ese camino, el problema de la causalidad adopta una centralidad determinante.

Podemos retomar aquí un trabajo reciente de la socióloga argentina Ana Grondona, quien retoma la organización de la obra durkheimiana en torno a dos modelos explicativos cuya predominancia sería variable en sus diferentes escritos. Entre otras múltiples variables, dichos modelos cuentan con características distintas en lo que respecta a su acercamiento al problema de la causalidad (Grondona, 2007: 2). El primero de ellos, del cual la *División del trabajo social* constituye uno de sus exponentes más acabados, asocia la causalidad histórica a las transformaciones del medio social interno, entendido como la combinación del volumen social y su densidad moral. Mientras el primero hace referencia a la cantidad de segmentos sociales que componen la sociedad, la segunda se refiere al grado de coalescencia entre dichos elementos. ¿Cómo es medida esta graduación? A partir de la densidad material, entendida como el desarrollo de la densidad demográfica y los medios de comunicación que funcionan articulando a los ya mencionados segmentos (Grondona, 2007: 5). En el segundo caso, más asociado a trabajos tardíos de Durkheim como *Las formas elementales de la vida religiosa*, la explicación discurre por otros caminos. En primer término, porque ahora el campo de las representaciones colectivas asume una relativa independencia del medio social interno, lo que hasta 1898 no había sido contemplado como una posibilidad por el sociólogo francés (Grondona, 2007: 6). Pero, más relevante aún para nuestro análisis, la conceptualización del cambio estructural y sus causas es entendida a partir de fenómenos vinculados con la efervescencia colectiva, momentos en los cuales se producirían las grandes transformaciones históricas (Grondona, 2007: 8)³.

Ahora bien, entendemos que estas concepciones presentan algunos problemas. Como ya dijimos, no pueden enfrentarse a los orígenes del acontecimiento, en tanto hecho que subvierte la propia lógica estructural de la sociedad. Si bien las transformaciones aparecen motivadas por cambios en el medio social interno o por la irrupción de fenómenos de efervescencia colectiva, en ambos casos la explicación

³ Podríamos agregar un matiz a este modelo binario, haciendo referencia al análisis realizado por Durkheim acerca del papel del crimen como portador del cambio social. Su análisis de la muerte de Sócrates, en efecto, remite al crimen en tanto irrupción de nuevas realidades, aunque nuevamente el problema de la causalidad que motiva estas transformaciones parece quedar en el olvido (Durkheim, 2003: 82-83).

implica un alto grado de circularidad, en la medida en que Durkheim no remite los orígenes de dichos fenómenos a ninguna causa identificable. En ese sentido, de la misma forma, nos ofrece un mundo sin sujeto, donde las posibilidades de cambio quedan atadas a unas transformaciones sociales que se explican a sí mismas, reflejando en el recurso tautológico un encierro teórico con visos estructuralistas. Sin sujeto, sin acontecimiento, la Historia queda condenada a un conjunto de sistemas compartimentados -podemos llamarlos épocas, edades, etc.- cuya vinculación entre sí se difumina, desestimando el problema del cambio. No es casual, como contrapartida, que el mismo Durkheim sitúe entre sus problemas predilectos el de la conformación de un orden. Éste es, al fin y al cabo, su gran tema en *La división del trabajo social*. Si la solidaridad orgánica y, luego, la solidaridad mecánica vienen a imponerse como las encargadas de suprimir la anomia social, en el paso de una forma a otra de organización es donde parece haber un espacio inexplicado en la obra⁴. Se reafirma, de este modo, la tendencia ya descrita: una sólida construcción acerca del orden interno de una sociedad dada junto a dificultades al momento de enfrentarse al cambio.

Ahora bien, ¿qué implicancias tuvo toda esta problemática propia de la sociología durkheimiana en los trabajos de Marc Bloch? Ya dijimos la gran influencia que las lecturas de estos debates y de la misma obra de Durkheim tuvieron sobre los primeros *annalistes*. Lo que pretendemos ver, entonces, son algunas de las consecuencias que lo arriba analizado tuvo en la obra de Bloch. No interesa tanto aquí la importancia del tema del sujeto ausente como las dificultades que supone una concepción de la Historia en donde la idea de cambio parece quedar relegada. Veamos, pues, de qué forma al abordar la cuestión de la mentalidad de época queda de manifiesto una perspectiva semejante a la ya vista, a la vez que podemos indagar sobre los reflejos que estos presupuestos epistemológicos proyectan sobre el modo en que el historiador francés se plantea el problema.

⁴ De hecho, al buscar una explicación causal para el paso de una sociedad tradicional (con solidaridad mecánica a otra más moderna (con división del trabajo y solidaridad orgánica), Durkheim no hace sino caer en una encerrona teórica, colocando alternativamente como causa y consecuencia de la división del trabajo al aumento de la población y la desaparición de la segmentación social (Durkheim, 1967: 219-223).

La mentalidad de época y el límite de lo pensable

Uno de los problemas centrales para los primeros *annalistes* lo constituía el modo en que el historiador se acerca a ese pasado que es su objeto de estudio. Como bien nos recuerda André Burguière, Bloch abona a la idea de que

es necesario partir del presente en lugar de descender lentamente hacia él, convertirse en analista y no en profeta, porque el historiador como los otros especialistas en ciencias sociales sólo puede responder a las preguntas que le plantea la sociedad en la que vive (Burguière, 1993: 93).

La Historia, entonces, hija de su tiempo, consta de unas preguntas que no son otras que las de su propia sociedad. Pero esta operación no intenta legitimar ese mismo presente, sino tomar distancia para poder relativizarlo (Burguière, 1993: 94). Esto constituye, en la propia nomenclatura de *Annales*, la idea de “historia problema”. La búsqueda de esa extrañeza entre un mismo tema en el presente y en una sociedad anterior nos muestra entonces que la idea de cambio histórico sí parecería estar aquí presente. No obstante, denunciar la transformación no implica su comprensión, ni siquiera el intento por comprenderla -Durkheim, por retomar lo ya dicho, también es consciente de los cambios entre las sociedades “antiguas” y “modernas”-. ¿Cómo se concibe, pues, el cambio? Nos podemos remitir para ello a los estudios de Marc Bloch sobre el fenómeno de la taumaturgia real en la Edad Media⁵.

Los reyes taumaturgos, como ya ha sido señalado, tuvo su aparición hacia 1924, siendo la primera de una vasta pero interrumpida abruptamente obra. Al calor de una Gran Guerra que había movilizad los sentimientos nacionalistas de toda Europa, el interés del historiador francés por los ritos de curación reales se volvió de primer orden. Acaso por tratarse de un fenómeno de creencia colectiva en un milagro del todo

⁵ Vale aclarar que la elección de dicha obra para el análisis no es casual, ya que allí se combinan no sólo una referencia constante -aunque la mayor parte de las veces no explicitada- a la sociología de la religión, sino también un interés específico en fenómenos de orden cultural. Como señalara Rhodes: “*Bloch, in 1924 with the publication of Les rois thaumaturges, introduced sociological conceptions into history, a position he continued to develop in all his writings. Bloch's innovation in Les rois thaumaturges was to treat the dogma of the curative powers of medieval kings not only in terms of the royal propagation of the dogma, but in terms of the eager acceptance of these ideas on the part of the population. In contrast to the historicists, who would have been concerned primarily with how kings disseminated and encouraged a belief in their curative powers, Bloch was concerned with the role of collective ideas in the heart of social groups*” (Rhodes, 1978: 48).

improbable, las preguntas de Bloch encontraban su eco en unas pasiones nacionalistas que despertaban odios perdurables por la vieja Europa (Le Goff, 2006: 16-18).

Como ya hemos mencionado, esta primera gran obra de Bloch es quizás la más vinculada al último libro publicado en vida por Émile Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa* había visto la luz en 1912, apenas algunos años antes de la muerte de su autor en 1917. El interés del historiador por el fenómeno de la taumaturgia real encontraba en este último gran emprendimiento de Durkheim a la vez una reflexión teórica sobre el papel del rito y la religión, y unas herramientas conceptuales que emplearía sin dudar a la hora de enfrentarse al milagro real.

Al margen de su relevancia respecto a la elaboración de un nuevo paradigma historiográfico, el trabajo de reconstrucción documental realizado por Bloch es quizás uno de los mayores atributos de su obra. Preocupado por rastrear los orígenes del tacto real en Inglaterra y Francia, así como el uso de los cramp-rings, el historiador francés ofrece una notable muestra de trabajo de archivo, empleando todos los medios a su disposición para situar los orígenes del milagro en el siglo XII para Inglaterra y en el XI para Francia. Sin embargo, no es allí donde radica nuestro interés en este trabajo del joven Bloch.

Luego de dedicar buena parte de su obra a analizar el nacimiento, auge y desaparición del rito de la curación de escrófulas en sus distintos aspectos, Bloch nos introduce sobre el final de su trabajo en un intento de interpretación del milagro real. Al respecto, su pregunta central podría resumirse del siguiente modo: ¿cómo fue posible que los hombres de la Edad Media pudieran aceptar como real un hecho de por sí imposible⁶? No nos preocupa aquí la respuesta, sino el mismo interrogante. Pues en él se halla implícita la idea de que ese mundo medieval no disponía de los conocimientos necesarios para poder comprender lo que *en realidad* significaban las escrófulas. De otra forma, creían en el fenómeno taumatúrgico porque *aun* no había irrumpido el discurso científico moderno que viniese a poner en tela de juicio la veracidad del milagro. El mismo Bloch lo deja en claro cuando nos dice que

el progreso consistió, como lo hice notar anteriormente, en hacer entrar en la disciplina de las leyes de la naturaleza -aunque estuvieran concebidas de manera

⁶ “El verdadero problema será, entonces, comprender cómo, puesto que no curaban, se pudo llegar a creer en su poder taumatúrgico” (Bloch, 1993: 517-518).

inexacta- un fenómeno que hasta entonces estaba considerado como fuera del orden natural del mundo (Bloch, 1993: 376).

Sólo con los avances en medicina de los siglos posteriores las escrófulas serían entendidas adecuadamente.

Es pequeña pero significativa a la vez la distancia que al lanzar estas afirmaciones separaría a Bloch de la interpretación durkheimiana. El sociólogo francés se había encargado de dejar asentado sobre el final *Las formas elementales...*, en uno de los fragmentos más disruptivos respecto a sus trabajos precedentes, la similitud que encontraba entre el fenómeno religioso y cualquier otro tipo de fenómeno colectivo que fuese constituyente del lazo social. Así,

hay, pues, en la religión algo eterno, que está destinado a sobrevivir a todos los símbolos particulares de los que se ha ido rodeando sucesivamente. No puede haber ninguna sociedad que no sienta la necesidad de mantener y revitalizar, a intervalos regulares, los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que le dan unidad y la individualizan. Pero esa reconstrucción moral sólo puede obtenerse mediante reuniones, asambleas y congregaciones en las que los individuos, en estrecha proximidad, reafirmen en común sus sentimientos comunes: de ahí la existencia de ceremonias que, por su objeto, por los resultados que obtienen y por los medios que emplean para ello, son de la misma naturaleza que las ceremonias religiosas propiamente dichas (Durkheim, 1993: 667).

Pero esta similitud no estriba sólo en la fortaleza del ritual para el sostenimiento de una creencia compartida colectivamente, sino que incluso permite homologar prácticas y creencias diversas, en términos de la experiencia que suscitan. Llegando hasta el punto de sostener que el pensamiento científico no es sino una forma más desarrollada del pensamiento religioso (Durkheim, 1993: 670), Durkheim hace énfasis en el atributo de verdad que quienes participan de la creencia compartida asignan a su hacer:

las creencias religiosas se apoyan en una experiencia específica, cuyo valor demostrativo no es inferior, en cierto sentido, al de las experiencias científicas, tan diferentes en otros aspectos. (...) Pero del hecho de que exista, si se quiere, una 'experiencia religiosa' y de que esta tenga cierto fundamento (¿hay acaso alguna

experiencia que no lo tenga?) no se deduce en absoluto que la realidad que la fundamente se corresponda objetivamente con la idea que se hacen de ella los creyentes (Durkheim, 1993: 653-654).

Aquí se encuentra, en este punto no del todo resuelto, la sutil diferencia con Bloch. En Durkheim, como acabamos de señalar, aparece la noción de una “experiencia realmente existente”, enfrentada a una realidad fundamentada, donde el estatus de “real” de una y otra no termina de ser elucidado. Bloch, cuidadoso de no caer en la trampa de una teleología demasiado simplista, también hace referencia al carácter verosímil del milagro real para su época (Bloch, 1993: 526), aunque parece poner mayor énfasis en el carácter claramente ficticio de dicho artilugio religioso.

Nos encontramos, entonces, con un Marc Bloch que retoma en buena medida los planteos de Durkheim, aunque parece pasar por alto uno de los elementos más extraños de *Las formas elementales...*, en la medida en que ponía en entredicho aseveraciones previas del propio sociólogo francés. El matiz no es menor, pues inscribe a Bloch en una problemática mucho más amplia.

Podemos introducir aquí un clásico trabajo del pensador griego Cornelius Castoriadis, quien señala que

la institución de la sociedad es en cada momento institución de un magma de significaciones imaginarias sociales. Pues es lo mismo que decir que la sociedad instituye en cada momento un mundo como su mundo o su mundo como el mundo, y decir que instituye un mundo de significaciones, que se instituye al instituir el mundo de significaciones que es el suyo y que sólo en correlación con él existe y puede existir para ella un mundo (Castoriadis, 2007: 556)⁷.

⁷ Asimismo, puntualiza también que “*la institución del mundo común es necesariamente en cada momento institución de lo que es y no es, de lo que vale y no vale, así como de lo que es factible o lo que no lo es, tanto 'fuera' de las sociedad (relativamente a la 'naturaleza')* como 'dentro' de ella. En tanto tal, debe necesariamente ser para la sociedad también 'presencia' del no ser, de lo falso, de lo ficticio, de lo simplemente posible, pero no efectivo. Mediante la sinergia de todos estos esquemas de significación es como se constituye la 'realidad' para una sociedad dada” (Castoriadis, 2007: 573). Un planteo semejante pero aplicado a un estudio de caso específico puede encontrarse en un trabajo de Fabián Campagne (cfr. Campagne, 2003). No desconocemos aquí las múltiples derivas intelectuales de esta propuesta filosófica, aunque sí elegimos rehuir conscientemente de las mismas, resaltando aquello relevante para nuestro propósito y evadiendo unos debates que trascienden la cuestión aquí apenas reseñada.

Si aceptamos su propuesta, entendemos de forma más acabada cómo introducir *lo que falta* en una época -en tanto significaciones que trascienden los límites de lo pensable- para comprender un fenómeno como el de la taumaturgia puede traer implícitas varias dificultades. Si una sociedad -es decir, la sociedad institucionalizada como tal- es “*en cada momento*” sus significaciones, ver desde la perspectiva moderna aquello que el discurso medieval no dice sobre el tacto de las escrófulas implica perder de vista aquello que sí postula. En otras palabras, se puede perder el discurso efectivamente construido por una sociedad cuando se enfoca la atención en aquello que esa misma sociedad *no puede decir*. En el caso particular de Bloch, la idea de progreso viene a tomar parte en esta operación. En la Edad Media se puede creer -o, mejor, hay una condición para que se genere la posibilidad de creer- en el milagro real porque *todavía* no se han desarrollado las ciencias físico-naturales. Justo es reconocer que eso no quita al trabajo encarado por Bloch un rastreo ejemplar acerca de cómo se produjo y recreo esta creencia. Sin embargo, aún en el afán por evitar planteos de tintes teleológicos, el historiador francés deja colocada una trampa a futuro. Trampa que muestra su potencia al tener que apelar a la ausencia de un elemento, en este caso el progreso, como condición determinante para la posibilidad de la creencia.

En efecto, no es casual que sea en este punto donde conviene retomar los problemas para explicar el cambio histórico a los que hicimos referencia más arriba. En la medida en que Bloch se concentra en apelar a la extrañeza del mundo medieval respecto a los inicios del siglo XX, pierde en parte de vista cómo efectivamente en la Edad Media se elaboraban discursos tan *verdaderos* como lo serían luego los científicos -lo que es lo mismo que decir que en ese horizonte de lo pensable, el milagro real resulta perfectamente creíble, no se duda de su operatividad-. ¿Y qué clase de consecuencias nos plantea esto? Nos impide ver a través de qué formas estas concepciones irán perdiendo vigencia en los siglos posteriores. A partir del *a priori* que ofrece la idea de progreso, se sustituye el estudio de cómo irán transformándose las mentalidades respecto a su concepción de la taumaturgia, por la idea de que *aún* no se ha desarrollado el paradigma científico que permitirá explicarla. Sucede, así, aquello que se señalaba más arriba: se identifica el cambio, pero no se profundiza sobre su desarrollo. Al contraponerse dos climas de época, se olvida que el límite de lo pensable

se modifica por unos caminos graduales que sólo son observables atendiendo a la complejidad del proceso⁸.

Nos encontramos, así, con unos problemas precisos que se vislumbran en la obra de Bloch y que pueden, incluso, extenderse a la noción misma de “historia problema”. La idea de partir de la extrañeza respecto al presente para acercarse al pasado, si bien cuenta con la virtud de ofrecer una reflexión sobre la Historia desde el contexto en que se la produce, dificulta el acercarse a los procesos de cambio. Y la filiación con la sociología durkheimiana queda allí en evidencia. Lo constante, lo estable, se vuelve objeto central para el trabajo. Esta misma idea aparece en un Bloch que nos ofrece la contraposición entre un mundo medieval y uno moderno como dos instancias irreconciliables -que, si se quiere, puede encontrar su paralelo en la dicotomía solidaridad orgánica-solidaridad mecánica-. Aunque no niega la complejidad de cada uno de esos mundos -hace referencia, por caso, a la paulatina construcción del discurso científico moderno (Bloch, 1993: 372-378)- la elaboración de dos compartimentos estancos crea la ficción de conjuntos disociados sin diálogo posible. Y tras esta separación en dos esferas incompatibles, finalmente, se esconden esos pequeños cambios sin los cuales no puede entenderse la transformación más amplia que condujo a la modernidad en la que Bloch se hallaba inmerso.

A modo de conclusión

A lo largo del trabajo hemos visitado unos temas que, por recurrentes en los estudios sobre la temática, no pierden relevancia. De un lado, porque evaluar estos lazos entre la sociología de Durkheim y la obra de uno de los fundadores de la escuela de *Annales* resulta indispensable para intentar comprender de dónde provinieron algunos de esos planteos que tanta influencia tendrían en la historiografía posterior. Del otro, porque en esa misma filiación se pueden problematizar con mayor precisión algunas de

⁸ Vale aclarar que, al analizar la crisis de la práctica taumaturgica, Bloch se concentra más en rastrear el momento en el que el rito deja de realizarse que en los modos en que ese mismo rito pierde su carácter performativo. No desconocemos que se trata de una elección metodológica válida, pero no deja de ser sintomática respecto a los problemas aquí planteados. Para el caso inglés, lo asocia con la Revolución Inglesa, mientras que en el francés aparece relacionado con la Revolución de 1789, aunque tendría un breve renacimiento con Carlos X en 1825. En cuanto a las críticas que comenzó a sufrir la teoría que rodeaba al milagro de la taumaturgia real, Bloch la asocia a las universidades alemanas del siglo XVII, menos presionadas por sus respectivos poderes políticos para mantener un prudente silencio al respecto (Bloch, 1993: 508).

las propuestas desprendidas de los trabajos del historiador francés, a la vez que encontrar divergencias.

Sin embargo, el presente no deja de ser un camino abierto cuyas implicancias aún deben ser indagadas. Sería necesario, por ejemplo, realizar un rastreo pormenorizado en la vasta obra de ambos autores acerca de nociones como “verdad”, “realidad” o incluso “real”, atendiendo al valor específico de cada una de ellas. Asimismo, otra vía de análisis se muestra en los trabajos que aquí no han sido analizados del propio Bloch, en los que busca cómo trata distintos procesos de cambio histórico, para indagar los términos en los que son presentados. Por último, aunque no por eso menos relevante, una tercera puerta queda abierta para recabar en los manuscritos personales de Bloch - cartas, apuntes, borradores, etc.- su acercamiento a la obra durkheimiana, buscando echar nuevas luces acerca de este contacto intelectual que marcó en buena medida la historiografía francesa posterior.

Respecto a lo aquí analizado, vimos cómo las dificultades a la hora de enfrentar el cambio histórico que se presentan para la sociología durkheimiana parecen trasladarse a la obra de Bloch, escondidas tras la “historia problema”. La voluntad de la primera de estudiar hechos constantes, parece transformarse en un *a priori* para el segundo, en tanto parte de confrontar realidades que, extrañas entre sí, parecen dotadas de una estabilidad en su conformación que las convierte en mundos con lógicas irreconciliables. Finalmente, como decíamos más arriba, en una teoría donde el sujeto se encuentra ausente, donde el acontecimiento se desestima hasta desaparecer, las transformaciones -en tanto momentos de quiebre que vinculan lógicas de sociedades distintas- quedan condenadas al ostracismo de lo inexplicable.

Bibliografía utilizada

- Bloch, Marc (1993), *Los reyes taumaturgos*, Buenos Aires:FCE.
- Burguière, André., “Historia de una historia: el nacimiento de ‘Anales’”, en Pagano, Nora y Buchbinder, Pablo (comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires: Biblos, pp. 79-100.
- Campagne, Fabián (2003), “Witchcraft and the Sense of the Impossible in Early Modern Spain. Some reflections based on the Literature of Superstition (c.1500-1800)”, *Harvard Theological Review*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.25-62.
- Castoriadis, Cornelius (2007), *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires: Tusquets.
- Devoto, Fernando (1992), “Repensando una antigua polémica entre historiadores y sociólogos. El debate Simiand-Seignobos y algunos dilemas de la historiografía contemporánea”, en Devoto, Fernando, *Entre Taine y Braudel*, Buenos Aires: Biblos, pp. 47-73.
- Durkheim, Émile (1967), *La división del trabajo social*, Buenos Aires: Schapire.
- Durkheim, Émile (1993), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid: Alianza Editorial.
- Durkheim, Émile. (2003) *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires: Gorla.
- Grondona, Ana (2007), “Las dos aproximaciones durkheimianas a 'lo social'”, presentado en *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*. Disponible en http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/principal.htm (consultado el 10/02/2013).
- Le Goff, Jacques (2001), “Prefacio”, en Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México: FCE, pp 9-33.
- Le Goff, Jacques (2006), “Prólogo”, en Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, México: FCE, pp. 11-57.
- Lewkowicz, Ignacio (2006), *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires: Paidós.
- Rhodes, Colbert (1978), “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, en *Theory and Society*, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, pp.45-73.